

EL IMPACTO DE LOS INSECTOS SOBRE LA MENTE HUMANA

Fidel Fernández-Rubio



Los insectos son animales invertebrados del *filum* Artropoda que se caracterizan por poseer dos pares de antenas, tres de patas y dos de alas (aunque pueden faltar total o parcialmente o estar reducidas en algunos grupos y especies o sexos). Su cuerpo se divide en tres regiones principales o tagmas: cabeza, tórax y abdomen.

Su nombre procede del latín *insectum* (= dividido), (de *insectare*= dividir), similar al nombre griego **ἔντομα** (éntoma = dividido).

Según el registro fósil se estima que se iniciaron en el Devónico inferior, hace unos 400 millones de años. Se cree que constituyen el grupo de animales más diversificado de los existentes, con más de un millón de especies descritas (cifra superior a la del resto de especies animales juntas). Y no solo presentan una enorme diversidad, sino que también son increíblemente abundantes, hasta el punto que se estima que hay 200 millones de insectos por cada ser humano.

Los insectos han colonizado todos los ambientes del planeta, aunque solamente un pequeño número se ha adaptado a la vida oceánica.

Muchos insectos tienen una gran importancia para la humanidad, pues son causa directa de molestias o enfermedades, y conviene tener presente que también pueden tener efectos negativos indirectos (p.ej., plagas agrícolas o forestales, destrucción de alimentos almacenados, etc.); aunque, por otra parte, causan efectos favorables tales como el aumento de alimentos (p. ej., polinización de frutos, producción de alimentos –miel–, etc.), o de la calidad de vida (p. ej., producción de seda natural, colorantes –cochinillas–, etc.)

Los insectos inciden sobre la salud humana de forma muy variable, pero en absoluto desdeñable, actuando sobre su cuerpo y sobre su psique o mente,

pudiendo causar desde sensaciones placenteras (por su aspecto estético especialmente) a molestias, e incluso transmitir enfermedades, más o menos graves, algunas de muy alta mortalidad. No se puede olvidar que muchas de las pandemias que han diezmando la población humana en el pasado están íntimamente ligadas a ellos y que en la actualidad algunos siguen transmitiendo muchas de las más importantes enfermedades de alta morbilidad y mortalidad, en amplias áreas del globo.

La forma en que los artrópodos pueden incidir sobre la salud humana podría ser dividida en dos grandes grupos:

A.- Acciones sobre el soma o cuerpo humano, por acción directa: molestias, daño accidental a los órganos de los sentidos (ojos especialmente), envenenamiento, dermatosis y miasis o por acción indirecta (transmisores pasivos de patógenos, vectores obligados de patógenos y portadores foréticos de otros artrópodos perjudiciales). Todas ellas acciones muy importantes, pero de las que no nos ocuparemos aquí, y

B.- Acciones sobre la psiquis o mente humana, por su uso en magia y ritos propiciatorios, su participación en mitos y leyendas, entomofagia y protagonismo en alteraciones psiquiátricas como fobias y delirio parasitoide, aspectos de los que nos ocuparemos seguidamente.

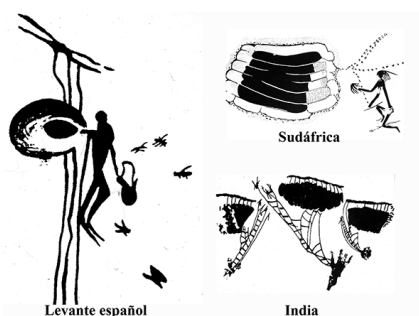
1.- MAGIA, MITOS Y LEYENDAS

Como los insectos existen desde un tiempo muy anterior a la aparición del hombre, no es de extrañar su influencia sobre la mente humana desde el inicio de la aparición del género *Homo*. Ya en la prehistoria existen datos que confirman su influencia sobre la psiquis. Por ejemplo, en el paleolítico superior, en la

cultura magdaleniense (15.000 - 13.000 años a. C.) encontramos colgantes realizados en lignito, hueso o marfil que representan escarabajos, como los hallados en Asturias (en la Cueva Ruiera y en la de Tito Bustillo) o en Erralde (Guipúzcoa). Su aspecto sugiere que eran amuletos, quizá con alguna relación de tipo chamánico.

En la vertiente norte de los Pirineos (*Grotte des Trois Frères*) se encuentran grabados de sorprendente realismo. Entre ellos cabe destacar un ortóptero áptero, que podría englobarse en el género *Troglophilus* (Krauss, 1879, actualmente relegado a la parte oriental del Mediterráneo y Mar Negro), realizado sobre hueso de bisonte, y con el que su autor habría de haber convivido en las cavernas.

En la Cueva de la Araña, en Bicorp (Valencia), se conserva una clara representación de una escena de recolección de miel. Dibujos similares se encuentran también en otros lugares: en África Meridional (Zimbabue y Namibia) y en la India (Bhimberkah), con una técnica de recogida similar a la que siguen usando los nativos hoy en día, dadas las diferentes especies de abejas que pueblan Europa y Asia. Todo ello sugiere un contexto mágico-religioso, como ritos propiciatorios.



Ya en épocas históricas abundan las pruebas de que los insectos tuvieron influencia sobre el pensamiento y la cultura en todas las civilizaciones conocidas. Los documentos más antiguos proceden de China, donde la seda ya se conocía, al menos 3.700 años a. C., y se dictaron leyes sobre las plagas de langostas en el año 1182 a. C. En el siglo III a. C. una publicación denominada *Puhuangthu* esbozaba métodos de capturas de los ortópteros. El desarrollo de las ciencias médicas en ese país condujo, en la última dinastía Chou (722-221 a. C.) al *Shen Nung Pen Tshao Ching*, donde se describen 29 clases de insectos, basados en criterios de acción farmacológica; y en 1596, durante la dinastía Ming, se inician las clasificaciones basadas en criterios biológicos. Se publica entonces el *Pen tsahokang mu*, cuyo autor es Li Shin-Chen, quien recoge en sus volúmenes 39 a 42 hasta 106 especies de “insectos”, de los cuales sólo lo son 73.

Es curioso constatar la coincidencia de muchos mitos chinos con los indoeuropeos, lo que probablemente es debido a la invasión que sufrió China por los tocarios, pueblo indoeuropeo, hace más de 3.000 años.

La cultura japonesa, en este aspecto, se basa en la china, recogida a través de Corea. Los libros más antiguos se cree son adaptaciones del antes citado libro chino *Shen Hung Pen Tsao Ching*. Durante el periodo Edo los estudiosos de los insectos en Japón realizan preciosas ilustraciones denominadas *Tyuhu*, en las que puede deducirse que los estudiaban con fines científicos o de recreo, no médicos ni agrícolas.

En el pueblo hebreo no es raro encontrar nombres de insectos como apellido. Se conoce un sello del siglo VIII a. C. con la efigie de un saltamontes y la inscripción “HGBH”, que hace referencia a un apellido: saltamontes, que se pronunciaría en ese hebreo arcaico como *hagabath*.

En la biblioteca cuneiforme de Nínive, reunida por Asurbanipal (669-626 a. C.), se encuentra una colección de tablillas (hoy en el British Museum, de Londres) conocidas como *Har-ra*, en sumerio, o *Hubullu*, en acadio, donde figuran listas bilingües acadio-sumerio de animales, de ellos, 121 insectos, agrupados en forma muy similar a los actuales órdenes, anteponiendo a cada uno de los miembros de cada grupo un mismo prefijo. Fueron compiladas en el siglo IX a. C., cuando ya el sumerio estaba fuera de uso, por lo que se suponen proviene de otras anteriores, quizás escritas en el periodo de Hammurabi (1947-1905 a. C.)

En las epopeyas de Homero, hacia el 850 a. C., se encuentran referencias a los insectos, generalmente en forma de metáforas, lo que se continúa con las fábulas de Esopo, (escritas hacia el año 600 a. C.) y que han llegado, en parte, hasta nosotros.

Los romanos tuvieron una visión muy práctica de los insectos, en cuanto a su influencia sobre la vida rural, y solían denominar a esos trabajos con el nombre *De res rustica*. Entre ellos, Catón (232-147 a. C.) y Columela (3-54 d. C.) etc. Entre esta pléyade, luce con brillo propio la figura de Plinio el Viejo, con su obra *Historia naturalis*, donde se recopila todo el saber romano sobre esta materia.

En las costumbres rurales peninsulares persisten una serie de “normas de conducta” frente a los insectos, con un contexto mágico-religioso. Por ejemplo, en ciertas zonas de Aragón, cuando pica una pulga se recomienda tratar la picadura con una mezcla de agua bendita de tres iglesias, con lo que el picor desaparecería. En algunos valles pirenaicos se piensa que si se barre en Viernes Santo la casa se llenará de hormigas y que las chinches se eliminaban de las camas gol-

peando los colchones mientras sonaban las campanas del Sábado Santo.

En el Corán hay muchas suras (114) dedicadas a los insectos, pero realmente sólo se les da el nombre del insecto que se nombra en ellas. Conceptualmente se perciben o como plagas o como seres insignificantes, que se usan en forma de comparación, p. ej., “Dios no se avergüenza de poner por parábola a un mosquito” (1, 24/25) o “Dios no es injusto ni en el peso de una hormiga” (4,44/40).

Esas ideas culminaron con el totemismo, donde un animal (no necesariamente insecto) se eleva a la categoría de dios, y como a tal se le respeta, se le idolatra y se le protege con tabúes (indios de las praderas del nuevo mundo, Samoa y Australia, donde actualmente los aborígenes siguen ejecutando importantes ritos).

En la llamada “cultura occidental” los insectos han sido barridos –más o menos marcadamente– de la mitología y de los presagios, por la técnica y el cambio de modelos religiosos, perdiendo su carga emocional y simbólica. Pero siguen teniendo un no despreciable papel, especialmente los considerados peligrosos y los vistosos. En los códices miniados medievales son visibles una serie de ellos, especialmente mariposas, representadas con un realismo tal que permite determinar la especie. Su presencia parece obedecer sólo a motivos estéticos.

También se encuentran en algunas pinturas célebres. A mediados del siglo XIX aparecen una serie de artrópodos, especialmente insectos, muy humanizados, como sujetos de distintas fábulas, destacando, entre ellos, las obras del francés Grandville (1841).



Hasta la actualidad ha persistido la fabricación de joyas que reproducen fielmente a los insectos, especialmente los más vistosos. Y esto no ha sido solo en joyería, sino también para decorar objetos de uso común, entre los que merecen especial mención los grandes tibores chinos y los papiros del antiguo Egipto e, incluso, ceniceros modernos.



Esta continuada presencia de la influencia de los insectos sobre la mente humana queda bien reflejada en la profusión de sus imágenes en la filatelia actual.

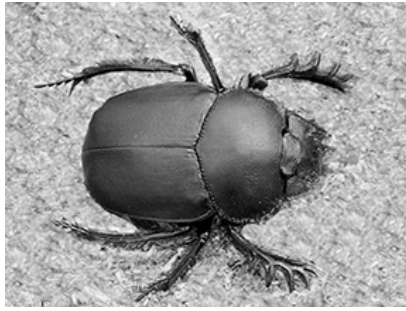
Quizá también merezca la pena destacar el papel que representan los llamados tebeos o cómics sobre las mentes infantiles y su papel formativo (¿o deformativo?). En efecto, son portadores de ideas o sensaciones muy elementales. Como ejemplo, las cucarachas sugieren asco. La avispa es feroz, la abeja también es, ante todo, picadora, así como los mosquitos. Las moscas van asociadas a la idea de muerte o suciedad. Sólo las mariposas diurnas evocan la idea de belleza, a veces con contenido erótico más o menos insinuado, y se realzan con unas grandes alas, con ornamentaciones muy barrocas, pero alejadas de la realidad.



Entre los diversos órdenes de insectos que han propiciado mitos y leyendas destacan los siguientes:

COLEÓPTEROS O ESCARABAJOS (*COLEOPTERA*)

Su nombre procede de dos palabras griegas *κολεός* (*koleós* = estuche) y *πτερόν* (*pterón*= ala), en alusión a sus endurecidas alas anteriores, denominadas élitros, que cubren y protegen a las alas posteriores membranosas. Esta combinación los distingue del resto de los insectos.



Engloba unas 375.000 especies descritas, es decir, más especies que cualquier otro orden en todo el reino animal y 66 veces más especies que los mamíferos.

Los coleópteros conforman un grupo de insectos con tallas y formas muy diferentes. Su tamaño oscila entre 0,25 y 150 mm, pero la mayoría de las especies tienen entre 2 y 20 mm.

Aparecen los primeros fósiles de coleopteroides en el Pérmico inferior, hace 280 millones de años, y después los primeros coleópteros auténticos en el Pérmico superior, hace 250 millones de años. Su expansión y diversificación comienza en el Mesozoico, que se inició hace 252 millones de años y finalizó 185 millones de años después. En la actualidad los coleópteros ocupan todo tipo de ambientes, aunque están muy poco presentes en los ecosistemas marinos.

Los escarabajos tuvieron papel predominante en el antiguo Egipto, donde destaca el escarabajo sagrado *Scarabeus sacer* (Linnaeus, 1758) del Egipto pre y protohistórico, generalmente asociado a un símbolo solar (dios Ra).

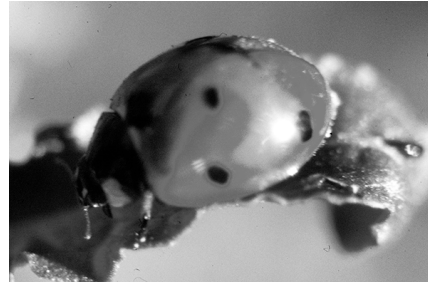


En esa mitología, dicho coleóptero se asimila a Khepri, dios creador de sí mismo. Y a partir de los ciclos vitales del insecto se elaboró toda una compleja teofanía, que evolucionó en el sentido de que el “escarabajo viejo” (Osiris) se entierra y resurge como Horus, el nuevo Osiris, siguiendo fases similares a las de la metamorfosis de ese escarabajo.

En la mitología helénica un escarabajo coprófago tiene también gran importancia. En Creta los pastores trashumantes de la Edad del Bronce (2.000 años a. C.) tenían santuarios donde el escarabajo, cuyas imágenes sugieren el género *Copris* (de Geoffroy, 1762),

está íntimamente ligado a los estratos más arcaicos del culto a Zeus.

El coleóptero denominado “mariquita” o *Coccinella septempunctata* (Linnaeus, 1758) tiene connotaciones de presagio o adivinación en casi todas las zonas rurales europeas que conozco.



Muy común es la costumbre de colocarla sobre la mano, y esperar a que vuele cantándole una cantinela –variable según las regiones–, y deduciendo según la dirección y forma del vuelo el pronóstico del tiempo (que será malo, si cae al suelo). Esta creencia se encuentra también, al menos, en Gales y en distintas zonas de Inglaterra.

LEPIDÓPTEROS O MARIPOSAS (*LEPIDOPTERA*)

Su nombre procede también de dos palabras del griego clásico: *λεπίς* (lepis = escama) y *πτερόν* (pterón = ala).



Disponen de cuatro alas recubiertas de escamas –colocadas como tejas– y sus piezas bucales están transformadas en una trompa chupadora, que se arroja –casi siempre– en espiral.

El origen de las mariposas se estima que ocurrió a mitad del Mesozoico o Era Secundaria. Las mariposas diurnas, antes denominadas ropalóceros, son más recientes y se remontan al periodo Triásico, que comenzó hace 252 millones de años y acabó hace 201 millones de años, y han tenido una evolución interdependiente con las plantas de flores (fanerógamas). Los restos fósiles que se conservan son muy escasos, por lo que es difícil seguir su evolución.

El número de especies de lepidópteros se estima en 140.000. Es decir: el segundo en abundancia de

los insectos, después de los coleópteros (escarabajos). De ellas unas 20.000 son de vuelo diurno. Todas ellas tienen metamorfosis completa, es decir, tienen cuatro fases claramente diferenciadas: huevo, oruga, crisálida y adulto o imago.

En la cultura griega las mariposas diurnas tuvieron importancia como representación del alma. En griego clásico, la palabra más antigua con la que se las nombraba era *fallaina*, que deriva de *φαλλος* (*phallos*), cuyo contenido sexual fue tan destacado por Freud. De ella procede la palabra española falena, que se aplica a las mariposas nocturnas de tamaño medio, que acuden a la luz.

La creencia de que las mariposas eran seres espectrales, ansiosos de alimentos nutritivos, está bien destacada en las tribus germánicas, que las denominaban *butterfliege* y en las anglosajonas, con el nombre concordante de *butterfly*.

La asociación mariposas-muerte-resurrección está muy extendida en una serie de alejadas localidades.

La primera representación gráfica de una mariposa corresponde a la cultura minoica, desarrollada en Creta en los años 3.000-2.000 a. C.

Para los chinos los lepidópteros representan la inmortalidad, y la imagen de una mariposa y una flor de ciruelo era considerada un símbolo de larga vida, y dos mariposas juntas significan un matrimonio feliz.

Los celtas asociaban a las mariposas con las hadas y creían que tenían poderes sobrenaturales.

Los mayas creían que eran las almas de los guerreros muertos en combate o en los sacrificios y que, tras acompañar al sol durante cuatro años, se transformaban en mariposas.

Los Nagas piensan que los muertos, tras pasar un equivalente al griego *Hades* (reino de los muertos) renacen en una mariposa y, una vez fenecida ésta, el alma se extingue. Para los nativos de las islas Salomón son signos de renacimiento.

Entre los aztecas hay creencia en la reencarnación del alma en mariposa. Y Japón posee similar leyenda. En Irlanda, Etain, segunda esposa del dios Mider, fue transformada en charca por los celos de la primera esposa, y de esa charca nació una oruga que se transformó en mariposa de belleza sin igual.

Aún hoy en día el oscuro esfingido *Acherontia atropos* (Linnaeus, 1758) sigue siendo de mal presagio, con los nombres de “mariposa de la calavera” o “de la muerte”, y esa idea está muy expandida.

En los primeros tiempos del cristianismo las orugas de las mariposas tenían una connotación negativa, como evocación de la idea de la muerte. Ello culminó en los denominados *larvarti*, poseídos del demonio a los que había que exorcizar. Como contrapartida, en sarcófagos paleocristianos, la mariposa era un signo

de resurrección (probablemente por influencia griega).



En Vietnam *T,ie* significa mariposa, pero también vejez con deseo de longevidad.

En las culturas mesoamericanas precolombinas se sacrificaban humanos y las víctimas portaban objetos donde las mariposas negras, más o menos estilizadas, estaban presentes. La diosa-madre de los chichimecas era Itzapapálotl (de *iztli* = obsidiana y *papálotl* = mariposa), y otra deidad en forma de mariposa era Xochiquetzalpapálotl (de *xochitl* = flor, *quetzalli* = preciosa, *papálotl* = mariposa).

El color de las mariposas induce augurios bien dispares: el negro es negativo y el blanco o claro positivo. Aun hoy en día en ciertas regiones se piensa que una mariposa oscura trae mala suerte e incluso la muerte, y en algunos puntos de España se piensa igual con respecto a las falenas oscuras y abejorros negros. Por el contrario, las de color blanco suelen ser mensajeros de augurios positivos, lo que ha seguido vigente en muchos lugares. Los presagios de las mariposas suelen estar muy emparentados con la idea de “las hadas”. En Westfalia, el 22 de febrero, se hacían ritos de expulsión donde se relacionaba mariposas con hadas. Algo similar acaecía en Lituania y Japón (*tatsuma-hime*).



El impacto positivo sobre la mente humana que han ejercido los lepidópteros se confirma con los nombres científicos que otorgaron, a sus géneros y especies, los autores que los describieron. En unos estudios que efectué hace años sobre la etimología de esos nombres encontré que, en las mariposas diurnas, de 468 nombres estudiados el 23,79 % aluden a su aspecto o etología, p. ej., *Afhacitis* = aspecto de arveja; *Agrodiaetus* = que vive en el campo; *Amarynthis* = relampagueante; *Apatura* = falsa cola. Aparecen alu-

siones a su belleza en el 20,09 %, p. ej., *Anthocharis*= gracia de las flores; *Arga* = brillante, resplandeciente; *Callithea* = belleza de diosa; *Callophrys* = hermosura; *Eronia* = amable; *Eumenis* = benévolo. Además, nombres mitológicos, con connotaciones positivas aparecen en el 24,25 % de los casos, p.ej., *Afrodite* dedicado a Afrodita, diosa de resplandeciente belleza; *Amathusia*, dedicado a Amatusia, sobrenombre de Venus; *Cupido*, dedicado a Cupido, dios romano del amor; *Cynthia*, dedicado a Cintia, epíteto de Diana; *Atena*, dedicado a Atenea, hija de Zeus, nacida de su cabeza y ligada a la vida de las plantas y animales, representante de la sabiduría, el trabajo constante y la virginidad; *Athalia*, dedicado a Atalia, sobrenombre de Artemisa.

Las mariposas nocturnas ocupan un lugar intermedio, como corresponde a seres nocturnos. En efecto de los 328 nombres estudiados encontré que el 51,22% corresponden a su morfo- o etología: *Asticta* = sin puntos; *Athysamia* = sin fimbria; *Autographa* = igual dibujo; *Brachionycha* = uña corta; *Choridea* = aspecto pálido; *Crysoptera* = ala dorada. Alusiones a su belleza las encontré en una cifra menor: 13,72 %, p.ej., *Abrastola* = lindo vestido; *Astrepes* = estrella que revolotea; *Charella* = hermosura del sol; *Dialithis* = piedra adornada; *Epilecta* = selecto; *Glaphyra* = elegante; *Lampra* = reluciente. Nombres mitológicos con connotaciones positivas aparecen en el 7,62 %, p. ej., *Clytia* dedicado a Clitia, hija del Océano; *Coronis*, dedicado a Coronis, hija de Foroneo, rey de la Fócida; *Crino*, dedicado a Crino, una de las Danaidas; *Ephesia*, dedicado a Efesia, festival sacro dedicado a Diana; *Itonia*, dedicado a Itona, sobrenombre de Minerva. Sin embargo, aquí aparecen alusiones terroríficas, aunque sólo en el 6,71%, p.ej., *Empura* = espectro que enviaba Hécate; *Leucania* = voracidad; *Miselidi* = similar al odio; *Phoberia* = espantoso; *Phrictia* = capaz de erizar el pelo; *Tholera* = perturbador.

HIMENÓPTEROS (*HYMENOPTERA*)

Es el tercero de los órdenes de insectos más ricos en especies. Engloba unas 200.000 especies y comprende, entre otros grupos, a las avispas, abejas, abejorros y hormigas. Su nombre procede del griego clásico ὕμην (hymen= membrana) y πτερών (pterón = ala), debido a sus membranosas alas.

Los himenópteros se originaron en el Triásico, aunque las especies sociales surgieron después, en el Cretáceo, que se inició hace 145 millones de años y finalizó hace 66 millones de años.

Disponen de dos pares de alas (aunque en las hormigas sólo las tienen las reinas y los machos), siendo

las posteriores de menor tamaño y ambas, durante el vuelo, se mantiene acopladas por una serie de ganchitos denominados hamulos. Tienen metamorfosis completa y muchas especies son partenogenéticas.

Las hembras suelen presentar, al final de su abdomen, una estructura denominada ovopositor, destinada a poner sus huevos, que, en especies muy evolucionadas, se ha convertido en un aguijón venenoso.

Señalamos seguidamente los grupos de himenópteros que han tenido mayor influencia sobre la mente humana.

a.- Avispas. Las avispas son un clado de insectos himenópteros sin ubicación en ninguna categoría taxonómica. Según la Real Academia de la Lengua las avispas son himenópteros de 1 a 1,5 cm de largo, de color amarillo, con bandas negras provistas de un aguijón venenoso al final del abdomen y que fabrican panales. A diferencia de las abejas pueden picar reiteradamente. El nombre de avispas se usa prioritariamente para los miembros del género *Vespa* (Linnaeus 1758).



En la cultura egipcia, en la primera dinastía (3100 a. C.), el rey Menes unificó el país e hizo de la avispa el símbolo del bajo Egipto. Ello es visible en los jeroglíficos de la época.

En la Grecia clásica las avispas evocaban valor y peligro. Por ello se encuentran representadas en los escudos de los guerreros, tal como muestran algunas vasijas.

En Guatemala los indios Chub colectan nidos de las avispas *Polistes* (Latreille, 1902) y comen sus larvas, pensando que además de alimento, les otorga poderes procreativos.

b.- Abejas. Las abejas son un clado de insectos himenópteros sin ubicación en categoría taxonómica dentro de la superfamilia Apoidea. Se caracterizan por su cuerpo de aspecto peludo.

Se encuentran en todos los continentes, excepto en la Antártida, y en todos los hábitats donde haya plantas con flores, ya que se alimentan de su polen y néctar. Se trata de un linaje monofilético, con más de 20.000 especies, de las cuales el género *Apis* (Linnaeus, 1759) casi monopoliza el nombre, constituyendo un insecto social que vive en colonias formadas por tres clases de individuos: reina, zánganos

y obreras, siendo la abeja doméstica *Apis mellifera* (Linnaeus, 1758) la más conocida.



Las abejas han tenido un importante papel en la mitología. Ya en el antiguo Egipto la abeja se consideraba un símbolo solar, vinculada por tanto al dios Ra, pues se creía que sus lágrimas se convirtieron en abejas al caer al suelo.

En la Grecia clásica las abejas están asociadas a diversos dioses, especialmente a Zeus, y su organización social constituía el modelo a imitar en las incipientes ciudades-estado de la Hélade. Ejemplo claro se encuentra en Éfeso, donde las sacerdotisas de Artemisa (diosa de la fecundidad y la naturaleza) se denominaban “abejas” y su sacerdotisa-jefe era llamada *Essen*, palabra ya arcaica que designaba a la reina de las abejas en una colmena. En la civilización cretense, dentro del ámbito griego, se adoró a la diosa Melisa, diosa de las abejas y las flores, representada con cuerpo de abeja y cabeza, torso y brazos de mujer.

En la mitología griega a Aristeo, hijo de Apolo y Cirene, las Ninfas le enseñaron la apicultura y creó un colmenar, pero después quiso seducir a Eurídice, la mujer de Orfeo, y éste, en venganza, destruyó su colmenar. Para calmar la ira de los dioses, Aristeo les sacrificó cuatro toros y cuatro novillos, y de sus cuerpos salieron nuevos enjambres de abejas con los cuales reconstruyó su colmenar.

En la Biblia son frecuentes las alusiones a las abejas, frecuentemente asociada a la leche como expresión de la riqueza y fertilidad del territorio, p. ej. Éxodo 3,8, Deuteronomio 32,8 y Jueces 14,8, etc.

Las abejas han sido constante objeto de consejas. Otras tradiciones cuentan que a un rey de España se debe el uso de la miel como medicina además de alimento.

Los mayas de Yucatán tenían dioses-abejas (Xmulzencab) relacionados con la apicultura.

En algunos pueblos siberianos, de Asia Central y de Sudamérica se consideran a las abejas como el alma que se eleva del cuerpo, y para los celtas evocan la sabiduría y la inmortalidad del alma.

Las costumbres de las abejas fueron asunto poético de la *Geórgica* IV de Virgilio. Todavía en tiempos más próximos a nosotros la hembra era considerada como un rey sin aguijón. Luis XII, al entrar en Géno-

va, se presentó con una túnica blanca tachonada de abejas de oro con estas palabras: *Rex non utitur aculeo* (el rey no hace uso del aguijón). El papa Urbano VIII llevaba abejas en sus armas y Napoleón quiso que figurasen en sus alfombras y en el vestido de su coronación.

En la mitología védica representan gran papel las abejas. Los asuinos (de Agvín) llevan a las abejas la miel dulce. Los dioses Indra, Krishna y Vichnu son comparados a las abejas en razón de su nombre de *Mádhavas* (*madhumaksha* y *madhumakshika* significan abeja). Krishna se halla representado con una abeja azul sobre la frente. En el *Mahábhárata* se dice que las abejas matan a quien destruye la miel (*mádhuban*). Por eso las abejas mataron al oso mítico.

En la mitología finlandesa se pide a la abeja que vuele por encima del sol, la luna y el eje de la Osa mayor hasta llegar a la casa del Dios Creador, y traiga de allí la miel que cura las heridas causadas por el fuego y por el hierro.

En la tradición helénica, latina y alemana la abeja personifica la inmortalidad del alma, de ahí el creer que la abeja misma es inmortal. No sólo la miel, sino también la cera participan del carácter inmortal y sagrado de las abejas y por eso con ella se iluminan los altares cristianos.

c.- Hormigas (*Formicidae*). Constituyen una gran familia de himenópteros sociales que proceden de antepasados con aspecto de avispa y que vivieron a mediados de Cretáceo. Se han descrito cerca de 14.000 especies. Son fácilmente reconocibles por sus antenas anguladas y su cuerpo dividido en tres secciones separadas por estrechas cinturas, especialmente la segunda.

Viven en colonias que pueden alcanzar cifras de millones de individuos. Se estima que existen entre mil billones y diez mil billones de hormigas. Han colonizado todo el planeta, excepto la Antártida, Groenlandia, Islandia y algunas islas de la Polinesia.



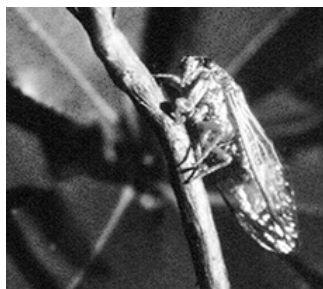
Desde el punto de vista de influencia sobre la psiquis cabe señalar que ya para los egipcios eran un ejemplo de inteligencia, pues eran capaces de encontrar los alimentos escondidos por los hombres y,

además, nunca se equivocaban al regresar a su hormiguero.

En todo el mundo se asocian al trabajo y a la laboriosidad, mientras que las cigarras son evaluadas como ejemplo de la holganza e insensatez.



Esto se refleja en difundidas narraciones ejemplarizantes, p. ej., la fábula de la cigarra y las hormigas, atribuida a Esopo (que vivió en torno a los siglos VII y VI a. C.) y recreada por La Fontaine (1621-1695) y Samaniego (1745-1801), que, incluso, ha sido llevada a la filatelia. Por el contrario, las cigarras son asimiladas al canto y la holganza.



DIPTEROS (DIPTERA)

Su nombre procede de dos palabras del griego clásico: *δίξ* (dís = dos) y *πτερόν* (pterón= ala), ya que el par de alas posterior se haya reducido a unos muñones denominados halterios, que actúan como estabilizadores del vuelo.

Bajo este nombre de dípteros se engloban unas 150.000 especies, que incluyen, entre otros grupos, a las moscas, moscardas, tábanos y mosquitos.

Seguidamente exponemos los grupos que han tenido mayor impacto sobre la mente humana:

a.- Moscas. Las moscas han tenido influencia sobre la mente humana en todos los tiempos y culturas.

En el antiguo Egipto era un símbolo de valor indomable y tenacidad y era el mayor galardón militar que el Faraón otorgaba a los valientes, y en este sentido Ahmose otorgó un collar con tres moscas de oro a su madre Ahhotep por su papel en la guerra de liberación contra los Hicsos. Sus representaciones gráficas son muy abundantes. Aspectos positivos se observan

también en las tribus Navajo, de Norteamérica, donde el espíritu de la Mosca Grande era muy bien considerado.



Los habitantes de Cirene ofrecían sacrificios al dios Acoro para que les librase de estos insectos. Los antiguos nativos de Accaron ofrecían incienso a una divinidad que las cazaba, y de forma similar los griegos tenían un dios cazamoscas. En esa cultura, Myiagros era un dios que ahuyentaba las moscas mientras se ejecutaban los sacrificios a Zeus o a Atenea. También en ella se afirmaba que Zeus envió una mosca tabaniforme a molestar al caballo alado Pegaso, montado por Belerofonte, impidiéndole así subir al Olimpo de los dioses y, según refería el clásico Elisano, las moscas abandonaban los juegos olímpicos, retirándose al otro margen del río Alfeo, para no molestar a los competidores.

En el templo de Apolo, en Ascio, al acercarse su fiesta, se inmolaba un toro a las moscas para que, una vez saciadas, abandonasen el lugar. En la antigua Roma se decía que las moscas no entraban en el templo de Hércules.

En la cultura judaica el demonio Belcebú era denominado “el señor de las moscas” por un juego de palabras donde se convirtió al dios cananeo Baal Zebûl (= el señor príncipe) en Baal Zabut (= el señor de las moscas). Para los antiguos judíos era un buen agüero el hecho de que las moscas no se vieran en el templo de Salomón.

En la actual cultura occidental se han asociado las moscas a los ambientes sucios y a la muerte, lo que es muy manifiesto en los cómics o tebeos.

Las moscas que mueren pegadas a la miel fue una de las mejores fábulas ejemplarizantes de Samaniego, aunque hay otra versión mucho más arcaica del griego Esopo (siglo VI a. C.).

En el refranero español existen múltiples alusiones a las moscas. Por ejemplo: *Al que se hace de miel, las moscas se lo comen*; *Aramos, dijo la mosca al buey*; *Con maña, caza a la mosca la araña*; *Cuando el Diablo nada tiene que hacer, mata moscas con el rabo*; *En boca cerrada no entran moscas*; *Más moscas se cogen con miel que con hiel*, etc. También hay múltiples referencias en las locuciones usuales. Por ejemplo: *Soltar la mosca*; *¿Qué mosca le habrá picado?*; *Cazar moscas*; *Cazar moscas a cañonazos*; *Tener la*

mosca detrás de la oreja; Por si las moscas, etc.

b.- Mosquitos. Los mosquitos figuran en pocas leyendas, lo que puede deberse a que su importantísimo papel como vectores de enfermedades no se confirmó hasta el año 1877, por los trabajos del médico inglés Manson en la India, aunque lo había vislumbrado ya el médico español Cosme Bueno (1711-1798), en Perú, cuando atribuyó a un mosquito la transmisión de la enfermedad de Carrión y la leishmaniosis cutánea.

Los mosquitos han hecho casi inhabitables ciertas regiones.



Wellman, en 1908, escribía: “son uno de los más potentes destructores de la paciencia y el mayor engendrador de blasfemias en Angola”. No es desconocido que la abundancia de mosquitos en ciertas áreas ha hecho disminuir muy sensiblemente la industria turística (p.ej., en Escocia).

Según la Biblia (Éxodo 8, 1-12), Moisés convirtió el polvo de la tierra en mosquitos que constituyeron la tercera de las plagas que sufrió Egipto.

En Sudamérica, en la cultura mapuche y chilota de Chile, se cree en la existencia del hombre-mosquito, que tiene una larga nariz con la que succiona la sangre de las víctimas, de las que se alimenta.

Una leyenda colombiana cuenta que en una aldea junto al río Orinoco la hija del cacique, que era muy obesa, se enamoró de un viajero muy esbelto y delgado que llegó en una canoa, y se casó con él. Desde entonces, por la mañana ella aparecía muy delgada y él muy grueso y barrigón, tornando a la situación anterior en el transcurso de la jornada. Esto sucedía todas las mañanas. El chamán de la aldea se escondió en la choza que habitaban y observó que el marido, cuando ella dormía, se levantaba y se transformaba, apareciéndole unas patas de insecto, y su boca se transformaba en un punzón con el que chupaba la sangre de su esposa. El chamán lo relató al cacique y los guerreros despedazaron al marido y quemaron sus restos. A la mañana siguiente la esposa recogió sus cenizas y las vertió en el río por donde él había llegado, que se transformaron, originando los mosquitos.

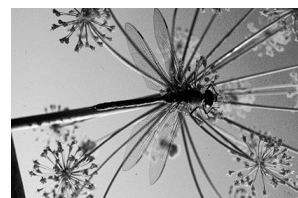
ODONATOS (*ODONATA*)

Los odonatos son un orden de insectos que engloba unas 6.000 especies vivientes, Su nombre procede del griego οδοντός (odontós=dientes). Tras la fase

de huevo, su desarrollo solamente tiene dos formas: ninfas e imago o adultos. Se encuentran asociados a ambientes acuáticos donde viven sus ninfas. Los adultos muestran un aspecto muy característico, con una cabeza más ancha que el resto del cuerpo, un abdomen largo y delgado y cuatro alas membranosas transparentes.

Popularmente son conocidas como libélulas y caballitos del diablo.

a.- Libélulas (*Anisoptera*). El nombre científico *Anisoptera* procede del griego ἀνισοζ (ánisos=desigual) y πτερόν (pterón=ala). Se caracterizan por no poder plegar sus largas alas, que permanecen en el mismo plano horizontal que su alargado abdomen y perpendiculares a él, así como por sus grandes ojos pluri-facetados.



Son depredadores de pequeños insectos. Habitan en ambiente acuáticos ya que sus larvas tienen un desarrollo subacuático.

Han influido sobre la mente humana en forma de leyendas. En el Japón los samuráis las consideraban símbolo del poder, agilidad y victoria. Tenían buena reputación y fueron llamadas *kachi-mushi* (insectos victoriosos) y consideradas como portadores de buena suerte. Por tal motivo, comenzaron a ser utilizadas como fines decorativos en los cascos de los samuráis y a aparecer en los emblemas familiares de los nobles. Una historia japonesa señala que en el siglo V el emperador Yuryako Tenno estaba de caza cuando fue importunado y picado por un tábano que ni siquiera solicitó el *sumimasen* (permiso) para hacerlo. Tras la picadura el tábano emprendió el vuelo, pero en ese instante una libélula se lanzó en picado contra él y lo devoró. El emperador, complacido, denominó a la región *Akitsu-no* (llanura de la libélula) y fue el origen del antiguo nombre del Japón *Akitsu Shima* o islas de la libélula.

En China las libélulas se asociaban a la prosperidad y la armonía, y eran presagio de buena suerte. En algunas tribus americanas se valoraban como un signo de felicidad, velocidad y sobre todo de pureza, pues pensaban que se alimentaban del aire.

b.- Caballitos del diablo (*Zygoptera*). Su nombre científico procede del griego ζυγόν (zygón=yugo, unión) y πτερόν (pterón=ala).



Los caballitos del diablo tienen una morfología muy similar a las libélulas, de las que se diferencian por tener los ojos muy separados y situar las alas, cuando están en reposo, paralelas al abdomen, pero en el mismo plano vertical. Tienen una reputación muy siniestra, pues desde el siglo XV estos insectos fueron vinculados al diablo infundadamente, y algunas de aquellas historias han quedado muy arraigadas. Por ejemplo, en Cantabria existe la curiosa tradición de que, durante las hogueras del mágico día de San Juan, los siete caballitos del diablo que vuelan esa noche son agrupados y montados por demonios. Los montañeses los estiman muy dañinos pues creen que se dedican a pisotear los campos de pastos para destruir los tréboles de cuatro hojas, que otorgarían a la persona que los encontrase las siguientes gracias: vivir 100 años, no sufrir dolores, no pasar penurias y resistir con ánimo sereno cualquier contrariedad.

ORTOPTEROS (*ORTHOPTERA*)

Constituyen un orden de insectos hemimetábolos con aparato bucal de tipo masticador. Su nombre procede del griego *ορθός* (*orthós*=recto, derecho) y *πτερόν* (*pteron*=alas). Su registro fósil más arcaico se remonta al Carbonífero. Engloba unas 19.000 especies distribuidas por casi todo el planeta. Entre ellos se encuentran los denominados grillos y los saltamontes denominados langostas.

a.- Grillos (*Gryllidae*). Se integran en una familia de ortópteros de la superfamilia *Grylloidea*, de hábitos nocturnos y de color oscuro o negro.



Los grillos son considerados en China, desde 500 años a. C., como extraordinarios cantores, hasta el punto que durante la dinastía Tang (618-906 d. C.) esta valoración se transformó en una industria, al enjaularlos y así comercializarlos. En Grecia surgió el

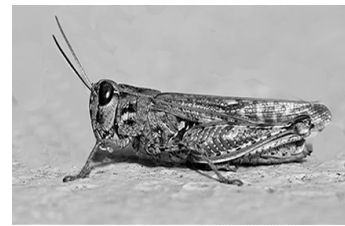
mito de los amores entre Eos (la aurora) y Titono (el grillo), como consta en las poesías de Safo de Lesbos, basado en la creencia de que estos se alimentaban del rocío matutino.

El personaje Pepito Grillo en las películas de Walt Disney está relacionado con la conciencia de Pinocho, el muñeco de madera, personaje principal de Carlo Collodi (1883).



En Florencia persiste la antiquísima “fiesta del grillo” que se celebra en el día de la Ascensión de la Virgen María.

b.- Langostas (*Acrididae*). Los *Acridae*, popularmente conocidos como langostas, son ortópteros caracterizados por su facilidad, en determinadas circunstancias, de reproducirse muy rápidamente formando plagas y migrar en grandes masas, ya que cuando se juntan en grandes grupos liberan feromonas que activan la conducta migratoria tras un crecimiento de sus alas. Las langostas pertenecen a distintas especies, que se mueven en masa originando plagas con graves daños en los cultivos. Entre ellas destacan la denominada langosta del desierto *Schistocerca gregaria* (Forsskål, 1775), la migratoria *Locusta migratoria* (Linnaeus, 1758) y en América la llanera *Rhammatocerus schistocercoides* (Rehn, 1806).



Antiguamente se creía que estas plagas eran debidas a influencias demoníacas o a un castigo divino, como se menciona en el Éxodo 3, 10-15 (constituyendo la octava plaga de Egipto) y en Deuteronomio 28, 29 (como castigo divino por la idolatría).

En la Europa medieval la Iglesia creó y usó una serie de conjuros para alejar las plagas de langostas. En Albania había equivalentes conjuros populares, donde se cogían algunos ejemplares del ortóptero y se tiraban a una fuente, en medio de una especial “procesión” popular.

MANTIDAE

En esta familia se engloba la especie *Mantis religiosa* (Linnaeus, 1758), popularmente conocida como santateresa; marirramos en la Maragatería (León); mamboretá en Argentina y Uruguay; y mula del diablo en Costa Rica. Se encuentran especialmente en Eurasia y África, pero se ha expandido a América. Hay especies semejantes en África y América.



La mantis ha ejercido una influencia contradictoria de admiración o desconfianza y miedo. En general la cultura popular española la percibe como un animal peligroso, a pesar de ser totalmente inofensiva e, incluso, en algún pueblo de Ciudad Real, recibe el nombre vernáculo de “muerte”, lo que contrasta con sus nombres: científico, de “religiosa”, y común, de “santateresa”, que aluden a la posición de espera que adopta para cazar a sus presas. En algunas zonas, encontrar sus puestas se considera un buen augurio. Su nombre *Mantis* etimológicamente procede del griego y significa vidente o profeta.

En las islas Baleares las mantis son denominadas *cavall de serp* y se piensa que son portadoras de mensajes del más allá.

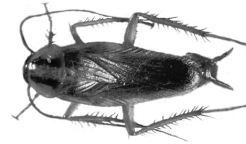
Para los indios de las praderas de Norteamérica, cuando la *Mantis* tiene problemas se esconde para meditar como solucionarlos, y es el ejemplo de cómo calmar la mente y alcanzar poder emocional y mental.

Para los bosquimanos de Sudáfrica, la *Mantis* consiguió apoderarse del fuego, y es considerada como un insecto sagrado en gran parte de África. Según sus leyendas, una *Mantis* observó que el sitio donde comía el avestruz olía muy bien. Se acercó a ella y vio que asaba la comida en una hoguera, pero luego guardaba el fuego bajo sus alas. Para hacerse con ese fuego la *Mantis* dijo al avestruz que había encontrado un árbol con magníficos frutos y que le siguiera hasta allí. Cuando llegan la *Mantis* le dijo: *estírate, pues los mejores están arriba*. Al hacerlo tuvo que abrir sus alas para guardar el equilibrio, momento que aprovechó la *Mantis* para hacerse con el fuego. Por eso, según ellos, desde entonces el avestruz no abre sus alas para volar.

CUCARACHAS (*BLATTIDAE*)

Las cucarachas son un orden de insectos hemime-

tábolos de cuerpo aplanado y largas antenas. Se han descrito más de 4.500 especies, algunas de las cuales se han vuelto domésticas invadiendo los hogares. Alcanzan un tamaño de 3 a 7,5 cm. El nombre de esta familia procede del latín *blatta* (= cucaracha) asociada al griego *εἶδες* (eides=parecido a).



Las cucarachas se asocian a suciedad en muchas culturas y producen una profunda repulsión y asco en la llamada cultura occidental.

2.- ARTRÓPODOS Y ALIMENTACIÓN

A la ingesta de insectos (y de otros artrópodos por extensión) se la denomina entomofagia, nombre que procede del griego *ἔντομος* (éntomos=insecto) y *φαγεῖν* (fágein= comer), y este uso está muy extendido en Asia, África, América y Australia.

Resulta, al menos, sorprendente que en la llamada civilización occidental o europea, donde tan alto precio alcanzan sus parientes los crustáceos marinos (que también son artrópodos [Arthropoda]), tales como cangrejos, langostas, gambas etc., sean rechazados y tenidos por repugnantes los insectos, arácnidos y demás artrópodos.

Es lógico pensar que los insectos y otros artrópodos formaron parte importante de la dieta alimentaria en las fases iniciales del género *Homo*, pues esta práctica es muy común en sus antecesores y colaterales, constituyendo una fuente importante de proteínas e, incluso, de calorías, especialmente antes de que los hombres desarrollaran técnicas de caza y, sobre todo, de agricultura. Prueba de ello es el análisis de los coprolitos encontrado en México y sur de EE.UU., en las montañas Ozark, donde se comprobó en ellos la existencia de restos de hormigas, larvas, piojos, garrapatas y termitas. En China, en las ruinas de Shanxi, con un antigüedad de 4.000-4.500 años, se han encontrado restos del primitivo gusano de la seda silvestre, con evidentes señales de haber sido consumido. Hay, incluso, representaciones en ladrillos de arcilla mesopotámicos (700 años a. C.) que muestran personajes portando rstras de insectos.

Fuera de la órbita de lo que actualmente se ha dado en llamar “civilización occidental” los aborígenes de América comían muy importantes cantidades

de insectos, e incluso los secaban para alimentación invernal. Esas tribus desconocían la agricultura y la ganadería (sólo tenían domesticado al perro). En la selva amazónica se recolectan aún artrópodos como alimento, incluso las grandes arañas mygalomorfas.

En Colombia son muy apreciadas las llamadas “hormigas culonas” *Atta laevigata* (F. Smith, 1860), como ya señaló el conquistador español Gonzalo Jiménez de Quesada.

En la Grecia clásica el consumo de insectos estaba muy extendido. Aristóteles cita a las cigarras y langostas, y los romanos consumían el coleóptero *Lucanus cervus* (Linnaeus, 1758), y en la actualidad en Cerdeña se consume un queso llamado *casumarzu*, repleto de larvas vivas.

En España, durante la dominación musulmana, eran un alimento usual. Se conserva una receta culinaria del murciano Ibn Razin que dice:

se cogen langostas grandes, de las que se dan algunos años, y se cuecen al fuego con agua, en dos hervores, después se les quitan las alas y las patas y se calientan en una sartén hasta que se secan. Se les añade almorí (= masa de harina, sal y miel con la cual se hacen tortas que se asan al horno), canela y pimienta y se consumen.

En China y en todo el oriente asiático el consumo de insectos está muy expandido, y en sus ciudades es frecuente la existencia de puestos de venta callejeros, así como en todas las regiones tropicales ricas en entomofauna, con artrópodos de gran tamaño o que forman abundantes colonias.



En regiones eremíticas la langosta es una deseada fuente alimentaria, como se recoge en la Biblia (Levítico 11, 22) y se constata en el cinturón pre-Sahara (en el Sahel).

En México y otros países se está investigando y alentando el tradicional uso de insectos como alimento, especialmente de los “chapulines” (saltamontes), que eran –y siguen siendo– alimento corriente para los nativos de Oaxaca, Guerrero, Morales, Hidalgo, Chiapas, etc.

Estudios científicos actuales reconocen su valor alimentario y preconizan su uso e, incluso, su cría en zonas con déficit proteico y alimentario inducido

por la transculturización occidental (la carne del ganado doméstico tiene del 25 al 50% de proteínas y actualmente se está resaltando su acción cancerígena, mientras que en los insectos alcanza el 75-80%, son de más fácil digestión y carecen de efectos cancerígenos).

Resulta pues, al menos sorprendente, que en la Europa actual y zonas donde se expandió su cultura no se comen insectos e incluso se tengan por repugnantes.

Quizá la razón estriba en que cuando un alimento se hace costoso de conseguir o preparar y tiene un sustituto más barato o más nutritivo o incide negativamente sobre el entorno, entonces se convierte en “malo para comer” y, con el tiempo, en “malo para pensar”, y luego en “asqueroso”. Es decir, la sociedad lo convierte en pecaminoso, ilegal o repulsivo. Y no cabe argüir tabúes o prohibiciones religiosas cuando la Biblia (Levítico 11, 22) los incluye entre los “alimentos puros”, y en el evangelio (Mateo 3,4) se narra que San Juan Bautista se alimentaba de langostas y miel silvestre. Pero es cierto que en la Europa Central los insectos son de pequeño tamaño y de aparición estacional y no suelen asociarse en grandes masas. Por esto no es rentable su recogida, y del “no rentable” se pasó al “no bueno”, máxime porque allí las condiciones para la cría de herbívoros de alto peso y rentabilidad son muy buenas (no olvidar que en la Europa húmeda se crían vacas, pero en las regiones más cálidas y pobres en agua y pastos, corderos o cabras, y se suelen comer preferentemente los ejemplares jóvenes, antes de que se agosten los pastos, lo que indica la importancia de los condicionantes externos). Pese a la homogenización actual, esas preferencias persisten.

Para explicar este hecho conviene recordar brevemente al cerdo en los países judeo-arábigos. Este animal consume los mismos alimentos que el hombre (por tanto, es su competidor) a diferencia de otros ruminantes que se alimentan de hierba y paja, no usada como alimento por el hombre, y, además, el cerdo no sirve ni como animal de carga, ni de tiro, ni de montura, no produce leche utilizable como alimento y necesita mucha agua. Por tanto, en las regiones semiáridas (donde nacieron esas religiones) es insostenible su cría, lo que con el tiempo se convirtió en vitando y después en prohibido, incluso por normas religiosas (tabúes).

Por otra parte conviene no olvidar que en el mesolítico se inició la revolucionaria aparición de la agricultura, y para esos primitivos cultivadores los artrópodos debieron de significar una amenaza para sus cultivos, lo que les otorgaría una valoración muy negativa.

Es curioso constatar que la legislación alimentaria de los países de la llamada “cultura occidental” autoriza la presencia de insectos y otros artrópodos en los alimentos, siempre que sean poco o nada perceptibles, aunque sus restos sean abundantes (por ejemplo, en harinas).

Estas breves reflexiones explican que las cocinas carnívoras estén relacionadas inicialmente con densidades de población relativamente bajas y con regiones con buenas tierras de pastos y abundancia de agua, donde los insectos son escasos y estacionales y de poco tamaño.

3.- FOBIAS

Etimológicamente fobia significa “temor”. Muchos insectos, especialmente los himenópteros y también otros artrópodos, incluso algunos totalmente inofensivos, causan frecuentemente molestias y preocupaciones a muchas personas, e incluso pueden inducirles desequilibrios nerviosos. A las fobias se las entiende como una deformación de la conducta que se inicia en los primeros años de la vida (entre el 2º y 4º) y tiene raíces culturales. Su grado de extensión está muy en concordancia con el tipo de civilización, pero manifestaciones de este tipo no son raras en la cultura occidental. La manifestación más moderada es el miedo, con la necesidad de matar “al bicho”, sin considerar si es o no inocuo y si puede ser beneficioso. En algunas personas se presentan reacciones anormales ante la presencia de artrópodos picadores o que aparentan serlo, ante los cuales el individuo huye rápidamente o lo acecha, lo cual puede provocar su ataque.

En la verdadera fobia, que no debe confundirse con el simple fastidio por la presencia del animal, se pueden presentar reacciones de terror, incluso histeriformes. A veces ni siquiera está presente ningún artrópodo y la simple presencia de su imagen en cuadros puede desencadenar esas reacciones. Mucha gente muestra un excesivo temor y repulsión a los insectos y artrópodos en general, pero ese temor suele ser controlable y el sujeto no evita activamente las situaciones en que puede coincidir con el objeto del temor.

En general, las fobias no suelen asociarse con otros trastornos psiquiátricos y las personas que las padecen no tienen un más elevado nivel de ansiedad, salvo en el caso de que esté expuesta al objeto fóbico (himenópteros, arañas, etc.).

Se ha tratado de explicar el origen de las fobias a los insectos por diversas vías. Desde la perspectiva psicoanalítica es muy de destacar la notable influencia del trabajo de Freud sobre el caso del pequeño

Hans (que tenía fobia a los caballos) y del que Freud pudo demostrar —a su manera— que esa fobia al caballo era un desplazamiento inconsciente del verdadero y gran temor que Hans tenía a su padre, en cuanto era competidor en su atracción hacia su madre (complejo de Edipo). Por eso los psicoanalistas tienden a ver las fobias a los grandes y pequeños animales como un desplazamiento hacia ellos (chivos expiatorios) de otros temores o miedos más o menos confesables.

También se ha pensado en que se tratase de reflejos condicionados, surgiendo ese miedo de una negativa experiencia anterior. Pero en la casi totalidad de los casos una detallada anamnesis no descubre una previa experiencia negativa.

La hipótesis de que representen miedos ancestrales subconscientes y residuales encaja mal con el hecho de que los antecesores y ramas colaterales de la especie humana consumían insectos como parte más o menos importante de su dieta.

Para algunos, su origen estaría condicionado en la desinformación suministrada a nivel infantil, donde se crearía la idea de que los insectos y otros artrópodos, o algunos de ellos al menos, son agresivos y atacantes. Esto concuerda con la diferente reacción cultural entre los pueblos que comen artrópodos y los que no lo hacen y los consideran, al menos, “malos para comer” o repugnantes.

4.- DELIRIO DE INFESTACIÓN PARASITOIDE

Quizá el máximo exponente del impacto de los insectos sobre la mente humana sea el denominado delirio de infestación parasitoide o “síndrome de Ekbom”, que es una alteración psiquiátrica donde el enfermo tiene la profunda convicción, irreducible a la argumentación lógica (como delirio que es), de tener su piel infestada por parásitos, persistiendo en esa idea pese a profundas y reiteradas exploraciones negativas.

La descripción que hacen los pacientes de los parásitos que piensan invaden su piel es muy variable y puede corresponder a animales reales, sobre todo con aspecto de insectos, o absurdamente imaginarios, pero es típico que siempre vayan acompañados de pautas de desparasitación grotescas, desmesuradas y que ocupan mucho de su tiempo. En personalidades de tipo obsesivo o paranoide se presenta con mayor frecuencia que en otra clase de sujetos.